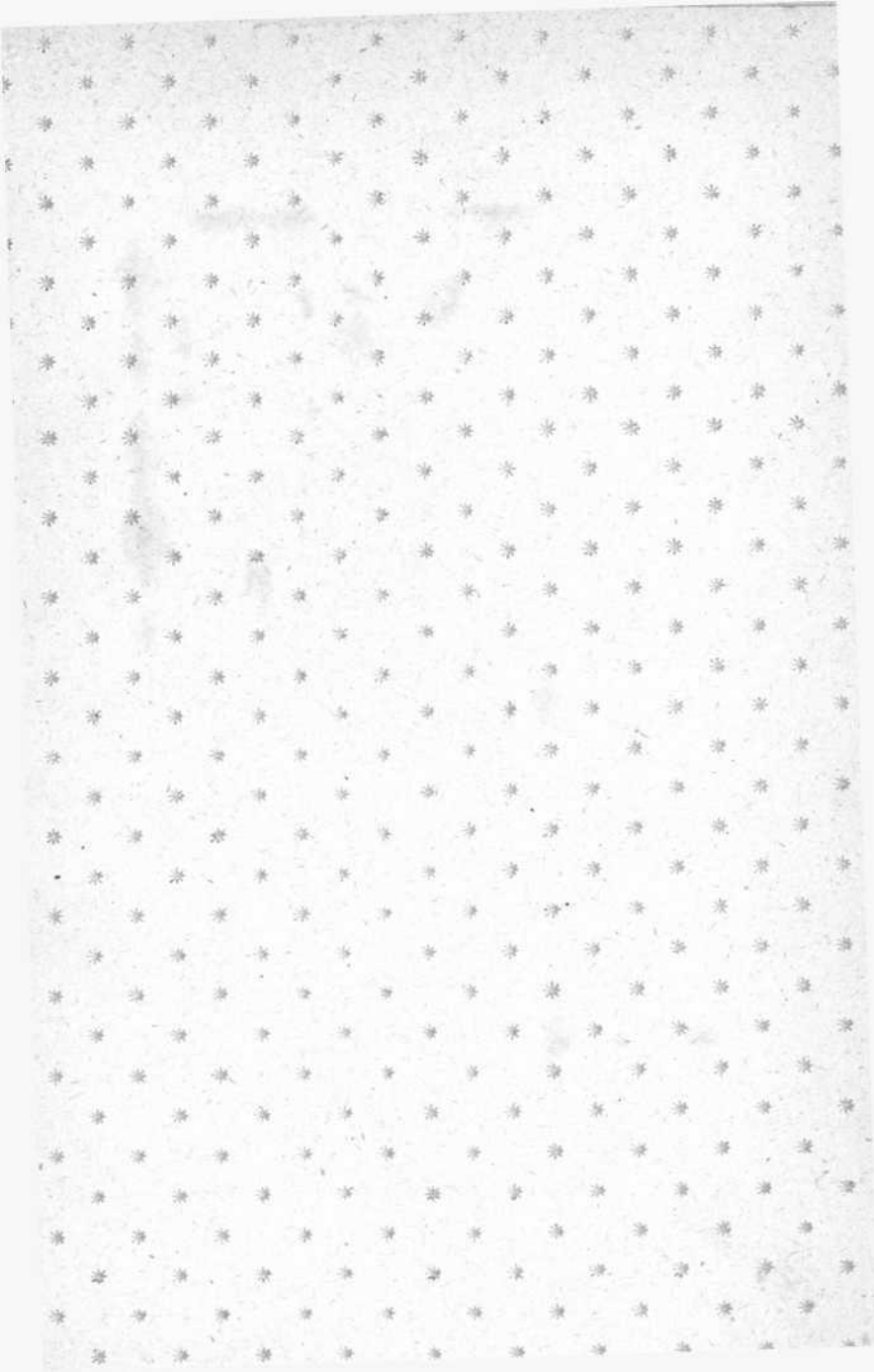


67.







87

# SANTA TERESA DE JESUS

---

POEMÀ

*vida*



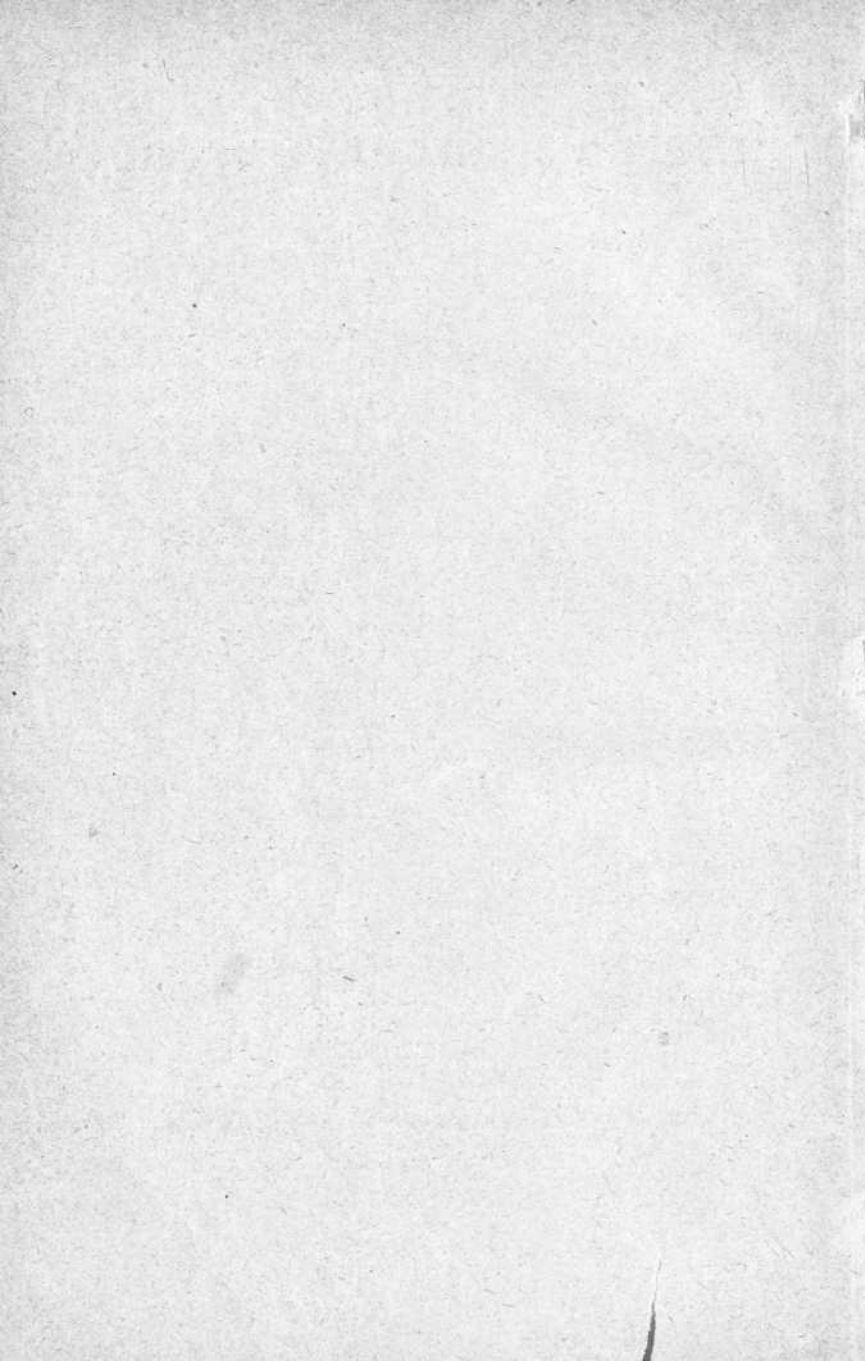
BARCELONA

---

**TIPOGRAFIA TERESIANA**

*Calle de Elisabets, 11, interior.*

**1891**



# SANTA TERESA DE JESUS

---

## POEMA

Escrito bajo la influencia y las circunstancias de la amistad, dedícalo á este noble y duradero afecto del alma

**El Autor.**

Hoy pido al arte ritmo y armonía,  
pido á mi pátrio amor su fuego ardiente,  
pido á la Religión, que á Dios nos guía,  
el fervor entusiasta del creyente;  
que ván los sonos de la lira mía,  
siendo eco fiel de lo que el alma siente,  
á alzarse á ti cuya grandeza es tanta,  
sublime artista y española y santa.

No soy de los que el cielo darles quiso  
del génio creador la intensa llama;  
no soy de aquellos que con sábio aviso  
grandes la historia de la pátria aclama;  
tampoco al bien sin vacilar sumiso  
de aquellos soy á quienes Dios más ama:  
—pequeño, oscuro en lo que al nombre toca,  
tíbio y mudable, mi virtud es poca.

Mas, si entre densa oscuridad, yo veo  
montes que dora resplandor lejano;  
en mi infausta flaqueza yo deseo  
tocar del bien el triunfo soberano;

y por que el génio admiro y en Dios creo  
y uno el nombre español al de cristiano,  
donde lo bueno y bello tiene altares  
quemo el incienso yo de mis cantares.

## I

¡Sweets to sweet...!

(*Shakespeare*).

Puso en tí Dios para lanzarte al mundo  
vehemente corazón de anhelos lleno,  
con la sed de un amor grande y profundo  
semejante al amor que hay en su seno:  
ciñó tu frente con fulgor fecundo,  
brillos quizás de su mirar sereno,  
y así de gracia celestial vestida,  
entraste en la batalla de la vida.

Ay! Cuántos como tú, noble Teresa,  
recibieron de Dios los ricos dones  
y, al cabo, de la culpa fueron presa  
y engrosaron del mal los escuadrones!  
¡Cuántos dejaron en la zarza espesa  
del cendal de la gracia los girones,  
y al fin no hallaron miseros despojos  
para secar el llanto de sus ojos!

Y es que una vez sintieron en el pecho  
aletear el corazón ansioso  
y anhelaron dejarle satisfecho  
con cuanto el mundo les brindaba hermoso;  
pero de un nuevo afán siempre en acecho  
jamás su corazón halló reposo,  
y fué espina la flor, y el calor frío,  
veneno el néctar y el deleite hastío.

Y es que una vez creyeron que su mente  
era el foco inmortal de eterna lumbre,  
y el astro que en el cielo alza su frente  
ídolo vil de nécia muchedumbre;  
para robar su brillo refulgente  
prestóles la soberbia altiva cumbre,  
pero volcado el sol que antorcha era  
bajo sus plantas se trocó en hoguera.



Nó; tú no fuiste la liviana arista  
que sobre el polvo arrastra el vário viento,  
ni el satánico orgullo cuya vista  
airada reta al alto firmamento:  
para saciar tu corazon de artista  
mostraste áDios el generoso intento,  
y en excelsas monsiones celestiales  
fijó tu inspiracion sus ideales.

Cantaste como canta en lo escondido  
el rui señor querellas de ternura;  
no dá su voz para el extraño oido  
que aplauso otorga y que placer procura:  
canta entre sombras, junto al muelle nido,  
viendo temblar la estrella que fulgura,  
solo gozoso si su acento entiende  
quien en amor dulcísimo le enciende.

Y fué tu noble inspiracion divina  
la misma que en la tierra muestra á Dante  
lo que en su arcano el porvenir domina;  
la que es para John Milton luz brillante;  
la que lleva á los templos Palestrina;  
la que en Colon celebra el mar gigante;  
la que dá al Sánzzio líneas y colores  
y vibra del Profeta en los clamores.

Fué aquella inspiracion que al hombre impió  
trajo el Dios del perdon y del consuelo,  
perdon pue llena el lóbreo vacío  
que separara de la tierra el cielo;  
consuelo inmenso, gotas de rocío,  
en lo alto estrellas, flores en el suelo;  
inspiración que á lo infinito alcanza  
y arrebola la vida de esperanza.

Con esa inspiracion tú conseguiste  
vislumbrar los misterios del infierno;  
cuánto de negro y espantoso y triste  
pintó el pagano en el profundo averno  
nada hay que iguale á lo que tú advertiste  
en los abismos del castigo eterno:  
—¡ese lugar de horror, tu lábio exclama,  
es el lugar dondê jamás se ama!!

¡Un lugar sín amor! ¡Un mundo en donde  
no copia el lago la rizada nube,

ni del los bosques el rumor responde  
 al vago son que de los mares sube;  
 un lugar ¡ay! en que la flor no esconde  
 esencia suave que en su seno incube  
 el nuevo gérmen pue al tornar de Mayo  
 despierte el sol con encendido rayo!

¡Mundo en que nunca la gentil palmera  
 su copa alzando al horizonte mire  
 y al no encontrar amable compañera  
 doble sus ramas y abatida espire!  
 ¡Mundo en que falta hermosa primavera  
 y alado coro que en los aires gire,  
 y ese nacer y declinar del día  
 en que besa á la luz la noche umbría!

¡Mundo que ignora aquel soñar incierto  
 que del vivir alumbra la mañana  
 y no escucha el purísimo concierto  
 que de los senos juveniles mana!  
 ¡Mundo que imita el árido desierto  
 en que es la clara fuente ilusión vana!  
 ¡Mundo en que no se llora, que es el llanto  
 jugo de amor y alivio del quebranto!

¡Mundo en que nunca unisonas palpitan  
 gemelas almas que el cariño ata,  
 y en que todos los odios resucitan  
 que aquí abrigó la humanidad ingrata;  
 en que los labios de la madre gritan  
 con voz de maldición que aturde y mata;  
 en que es la Cruz el símbolo de guerra  
 y el recuerdo de Dios visión que aterra!!...

¡Oh, sí! — Tú adviertes del lugar precito  
 la mas grande y tremenda desventura;  
 y es que sintiendo el corazón ahito  
 del amor de Jesús con la hermosura,  
 no halla pena mayor para el delito  
 con que ofende á su Autor la criatura  
 la mente tuya, ni la vé en la historia,  
 como perder lo que formó tu gloria.

El fuego con que alumbran las esferas  
 de los espacios las tendidas aras  
 en que adorar á Dios los mundos vieras,

junto al fuego de amor débil le hallaras;  
que el Dios que sin infierno tú temieras  
aunque no hubiera cielo tú le amaras,  
y en tal pasión tu corazón deshecho  
aún más latidos le pidiera al pecho.

Tú los *Conceptos del Amor Divino*  
en inmortales páginas trazaste;  
descubrieron tus ojos el *Camino*  
*de perfección* por donde tu marchaste;  
al hombre, acá en el mundo peregrino,  
*Las Moradas* excelsas le mostraste,  
y al contarle tu *Vida*, roto el velo  
de la humildad, le sirves de modelo.

Lo que á tu lábio arranca *Exclamaciones*  
ecos demanda al ánimo más yerto;  
son tus *Avisos* fuertes vibraciones  
que le sostienen para el bien despierto;  
á todos los cristianos corazones  
buscan tus *Cartas* con destino cierto,  
y son tus dulces versos miel hibleá  
que liba el alma y sin cesar desea.

Cuanto tu mano trémula colora  
la luz de la verdad copia y refleja;  
siempre es tu acento música sonora;  
siempre exprime una lágrima tu queja;  
niña por tu candor, al par, señora,  
tanto en sus vuelos tu saber se aleja  
que, rezagada el alma y solitaria,  
la admiración conviértese en plegaria.

Esa humana palabra pobre y ruda  
que habla el guerrero y que con sangre escribe  
á tu místico ardor otorga ayuda  
y expresa aquello que en lo eterno vive;  
lo que á la ciencia audáz dejara muda  
de tí, débil mujer, forma recibe,  
y allá en tu asilo silencioso, oculto,  
se hace apóstol el génio, el arte culto.

## II

Tout l'amour qu'on a pour soi-même pour sa famille, pour ses amis, se réunit dans l'amour qu'on a pour sa patrie.

(Bossuet.)

Cuando el génio despliega acá en la vida  
de otras esferas las brillantes galas  
y de lejana atmósfera encendida  
olas de luz difunde con sus alas,  
siempre la tierra en que brotó atrevida  
esa llama, Señor, que tú regalas  
tal vez de tu poder como memoria,  
en la gloria del génio ve su gloria.

Quizá el dolor le sigue paso á paso  
por este valle de quejidos lleno;  
quizá le azota la injusticia; acaso  
torpe envidia le arroja hediondo cieno;  
Homero, Luis Camoens, Cervantes Tasso...  
todos probaron el fatal veneno,  
hasta que al fin los siglos que llegaron  
sù augusta frente de laurel orlaron.

¿Y qué pueblo no ansiara la fortuna  
de asociar su grandeza á la de aquella  
en quien la ciencia á la virtud se auna?  
Qué suelo no anhelará ver su huella,  
ni que ciudad famosa ser su cuna,  
ni que cielo contar tan clara estrella,  
ni que lengua decir su pensamiento,  
ni que ambiente los ecos de su acento?

Mas fuera van, inútil tal porfía:  
—La pátria de Teresa es nuestra España,  
su huella está en tu suelo, pátria mia,  
y tu cielo esa Estrella en lumbré baña;

Ávila fué su cuna y todavía  
de su voz con los ecos se acompaña  
el puro ambiente que mi sien orea,  
y hablo en la lengua que vistió su idea!

Aquí defienden almenados muros,  
que alzó la fé contra el poder del moro  
allá en tiempos pretéritos y oscuros,  
de sus recuerdos el simpar tesoro;  
aquí custodian corazones puros  
que le bendicen en sublime coro  
su santo cuerpo, sobre el cual la muerte  
el soplo corruptor en vano vierte.

Álzanse aún en tierras españolas,  
cual firmes diques en que el récio embate  
rugiendo muere de mundanas olas,  
cien monumentos que la edad no abate;  
á su puerta las almas tristes, solas  
llaman buscando celestial rescate,  
y de esa puerta en el dintel escrita  
su fama vé la insigne Carmelita...

Sí, Teresa es de España; es de este suelo  
en que brilla el honor y el heroísmo  
como brillan los astros en el cielo;  
es de este pueblo, que del hondo abismo  
hace surgir lo que soñó su anhelo,  
y, seguro de Dios y de sí mismo,  
dá á los dos mundos que en unir se afana  
por anillo nupcial la té cristiana.

Es de este pueblo acaso temerario  
que siempre alientos generosos guarda,  
pueblo que sube impávido al calvario  
si un noble premio á su valor aguarda:  
lo gigante, lo audaz, lo extraordinario  
su ardor enciende, nunca le acobarda,  
y de ello en pós sus pasos apresura  
ñja su vista en la celeste altura.

Es de esta gran nación que otras naciones  
tanto temieron en edad remota;  
es de esta gran nacion que en sus pendones,  
en sus broqueles, en la dura cota,

en sus torres y escudos y blasones,  
 en las naves audaces de su flota,  
 sobre sus leyes, sobre su diadema  
 de Cristo puso el sacrosanto emblema.

La gran Teresa, la mujer preclara  
 del cielo gloria y de la ciencia pasmo,  
 no pudo ser de un pueblo que olvidára  
 su Dios y su nobleza en vil marasmo;  
 tuvo que ser de un pueblo que llevara  
 á lo divino y grande su entusiasmo:  
 —sábía, heroína y santa, era preciso  
 que naciera en España, ¡y Dios lo quiso!

¡Y cuál de su saber los resplandores  
 aún siguen por doquiera al nombre hispano!  
 —Relámpago de rápidos fulgores  
 fué aquel poder que exige al Oceano  
 todas sus olas, todos sus rumores,  
 y al sol todo su brillo soberano  
 para lamer la planta del coloso  
 é iluminar su triunfo prodigioso;

Rompe la suerte el hilo que eslabona  
 timbres y glorias que parecen sueño;  
 la altiva España, intrépida matrona,  
 tristes los ojos y fruncido el ceño,  
 vé desprenderse de su real corona  
 ricos dominios que con noble empeño  
 hizo civiles, grandes y fecundos....  
 ¡perlas que son pedazos de dos mundos!

¡Y pasa su poder!—Pobre, abatida  
 como nave que corre á la ventura  
 por el mar y los vientos combatida  
 entre las sombras de la noche oscura,  
 ¿qué le queda á mi patria tan querida  
 sino amarga memoria y desventura?...  
 ¡Mas no, que hay algo en que el destino cede,  
 algo que el tiempo arrebatara no puede!

¿Quién borrará lo que en su mente crea  
 y al par Teresa con su mano traza?  
 ¿Qué súplo apagará la luz febéa  
 que con dorado broche el nombre enlaza

de Teresa al de España, y cuál la idea  
que es don de Dios y sábia de una raza?  
¿quién rotas en pedazos dará al viento  
páginas que del génio son portento?

Para escribirlas de sus alas bellas  
una pluma el querube le entregara;  
cuando la hirió de amor con las centellas  
el azul éter su matiz prestara;  
con sus dorados hilos las estrellas  
las unieron después y la luz clara  
del iris descompuesta en los cambiantes  
quiso bordar en torno orlas brillantes.

Y á esas joyas que esmalta el pátrio idioma  
justo rinde la Europa vasallaje:  
la culta Albión, que entre la bruma asoma  
su frente audaz, las copia en su lenguaje;  
con sus dulces arrullos de paloma  
las repite la Italia; en su ropaje  
Francia la altiva envuélvelas primero  
y recorre su fama el mundo entero.

El soberbio Descartes cuya duda  
echa por tierra la pasada ciencia  
y sólo á la razón llama en su ayuda,  
de Teresa los triunfos evidencia  
y sus conceptos copia en forma ruda;  
y el gran Leibnitz, altísima eminencia  
que con puro arrebol el génio dora,  
prefiere á todo la simpar doctora.

Teresa, Lulio, Avila, Granada  
y San Juan de la Cruz, el dulce amigo  
de la insigne mujer por Dios amada,  
Venegas, Luis León... todos abrigo  
en su alma dieron á la fé acendrada  
que de tantos asombros fué testigo:  
todos forman el cauce en que camina  
la ola de amor, la inspiración divina.

¡Cuán nécio aquel que con impío alarde  
borrar pretenda tanta maravilla  
que quizá ofende su mirar cobarde!  
Mientras que todo el huracán lo humilla

y en el seno de Europa el cisma arde  
cual rojo incendio que siniestro brilla;  
mientras doquiera la tiniebla crece  
aquí la fé serena resplandece.

Ved á Teresa: cual caudillo fuerte  
á luchar por su Dios apercebida  
logra que todo corazón despierte  
y oiga su voz doliente y conmovida;  
para vencer las huestes de la muerte  
organiza las huestes de la vida:  
son sus armas ardientes oraciones,  
los brazos de la Cruz son sus pendones.

¡Sí! Ese ejército invicto lo componen  
virgenes puras, delicados seres  
que allá en lo inmenso sus miradas ponen  
olvidando del mundo los placeres;  
sin que las gentes su valor pregonen  
saben luchar cual luchan las mujeres:  
pidiendo al corazón dardos de fuego  
y empapando en sus lágrimas su ruego.

Tal vez en esa colosal batalla  
alcanza más la súplica amorosa  
en que habla el alma y en que el lábio cálla  
y que eleva al Señor su dulce esposa,  
que el ímpetu del César que avasalla  
y con su acero al adversario acosa  
y escribe con la sangre de los hombres  
rudas hazañas, memorables nombres.

\* \* \* \* \*

¡España, España! Entre tus grandes hijos  
es muy grande también la inmortal santa  
en que tuvo tu Dios sus ojos fijos:  
por ella aun vienen á besar tu planta  
cuántos consagran al saber prolijos  
nobles esfuerzos que la gloria canta:  
por ella acaso, por la gran Teresa,  
viste un tiempo tu fé quedar ilesa.

Mas tú lo sabes: que al morir un día  
*lo que por no morir muere mil veces,*  
su santidad proclamas á porfia  
y su renombre afirmas y enalteces:



tú le eriges altares, pátria mía,  
tú le consagras fervorosas preces,  
y cuantos en tu seno hemos nacido  
olvidamos por ella que haya olvido.

En el sagrado templo del derecho  
levantaste tu voz, noble matrona,  
y escuchando el latido de tu pecho  
de tu suelo nombrástele patrona  
porque tu afán que busca satisfecho  
lo que su celo por Teresa abona,  
sólo mas culto y preferencia muestra  
á la madre de Dios y Madre nuestra (1).

Después, cuando un guerrero prepotente  
borra fronteras y coronas parte  
y hace á cien pueblos humillar la frente  
y clava en cien murallas su estandarte,  
también á tí, la intrépida y valiente,  
de libertad firmísimo baluarte,  
quiere oprimir con su temido yugo,  
ser tu señor, tu dueño, tu verdugo.

Y entonces, cuando el valle y la montaña  
van repitiendo sonoro grito  
contra el francés que tu derecho empaña,  
también un hombre celestial, bendito  
tu lábio invoca, valerosa España;  
el nombre de Teresa que vá escrito  
en la ondulante faz de tus pendones  
y que anima á tus bravos campeones (2).

Y así el pueblo de Astapa y de Numancia,  
el que arrojó á los hijos del desierto  
tras siglos de valor y de constancia,  
otra vez dá la Europa ejemplo cierto  
de su fé, de su empuje y su arrogancia,  
de ese heroísmo que creyera muerto  
aquel que desterrado en Santa Elena  
miraba atada al Calpe su cadena.

\* \* \* \* \*

---

(1) Por decreto de las Córtes, Santa Teresa de Jesús es la segunda patrona de España.

(2) En la guerra de la Independencia, Santa Teresa de Jesús fué nombrada generalísima de los ejércitos españoles.

Si España á la doctora, á la heroína,  
á la que el cielo entre sus hijos cuenta,  
debe aun en tiempos de miseria y ruina  
glorias que nada de su suelo ahuyenta,  
tampoco nunca en gratitud mezquina  
olvida España á la que honrar intenta:  
siempre á sus plantas llevará el tributo  
de fé acendrada y de cariño fruto.

FÍN DEL CANTO SEGUNDO

## III

Militia est vita hominis super terram.

(*Sagrados Libros*).

La fe de esta cristiana se forma por su felicidad y ésta por su fe...

¡Fe celestial! ¡Fe consoladora! ¡Tú haces más que trasladar las montañas, pues levantas los pesos abrumadores que gravitan sobre el corazón humano!

(*F. A. de Chateaubriand*).

Ciego se hallaba el mundo: el poderío de aquella Roma en otro tiempo austera cuyos soldados, como inmenso río que se desborda y salta la ribera y el valle oculta en su sudario frío, inundan cuanto el mundo entonces era, ya no conquista ni á la historia asombra, solo ampara denuncias con su sombra.

Reina la fuerza, impera el despotismo, revuelve el cieno insólita impudicia, mata las almas torpe escepticismo, burla el derecho bárbara injusticia: y rueda el mundo hacia el profundo abismo al mal prestando su última caricia, aun buscando en su estúpida locura la copa del placer que ansioso apura.

¡Espectáculo odioso y repugnante de que se aparta el alma de horror llena!!!  
¿Quién podrá disipar con luz brillante esa tiniebla que la vista apena?

¿Quién de esa esclavitud tan humillante  
 hará pedazos la infernal cadena?  
 ¿Quién el empuje detendrá del vicio  
 y al mundo salvará del precipicio?

¿Quién?... Solo aquel cuya potente mano  
 marca á los astros invariable senda,  
 aquel que con su *fiat* soberano,  
 pide á la nada un mundo por ofrenda;  
 que si es grande el delirio del humano,  
 atroz su crimen, su maldad horrenda,  
 más grande es Dios en su bondad bendita  
 y su misericordia es infinita.

Sobre la noche de profundo luto  
 sus rayos vierte refulgente aurora;  
 de una Virgen sin mancha el puro fruto  
 es esa luz que el horizonte dora;  
 ante ella, humilde, ríndele tributo  
 el pobre, el debil, el que sufre y llora,  
 tiembla el tirano, ofúscase el perverso,  
 ruge el infierno y canta el Universo.

Religión de ternura y de esperanza,  
 de ardiente fé, de abnegación sublime  
 es esa aurora que destellos lanza  
 sobre la tierra que el dolor oprime;  
 porque es su brillo el iris de bonanza,  
 porque es amor lo que al mortal redime,  
 junto aquel Dios que por nosotros muere  
 mostrar una mujer el cielo quiere.

¡Vedla! Es Miriam, la virginal y pura  
 más que el cristal de la ignorada fuente,  
 más que la nieve de empinada altura,  
 más que el aroma de la flor naciente;  
 es la mujer prodigio de hermosura,  
 de amor abismo, de consuelo fuente,  
 en cuyo nombre imprime con delicia  
 al pronunciarlo el labio su caricia.

Ya no es, no, la mujer la vil esclava  
 que busca el hombre de deleite ansioso;  
 ya no es el sér que con inmunda baba  
 manchó el reptil en el Edén hermoso:

el triunfo de Miriam su culpa lava,  
 el Cristo rompe su dogal odioso  
 y con dulces acentos de su boca  
 á luchar por su causa la convoca.

No en vano llama á la mujer: es ella  
 la que oyendo á Jesús siente en su seno  
 que el corazón sus golpes atropella  
 lleno de angustia, de vergüenza lleno:  
 con su inmenso dolor cubre la huella  
 que dejara su vida sobre el cieno,  
 y á los piés de Jesús se arroja un día  
 y con esencia y llanto los rocía.

Es ella la que dice donde ha hallado  
 la eterna fuente de salud y vida;  
 la que de Cristo el rostro ensangrentado  
 quiere enjugar de compasión movida;  
 la que en su gran poder ha confiado  
 y á vencer á la muerte le convida;  
 la que en la lumbre celestial se embriaga  
 y muerto el hombre-Dios su fé propaga.

Es ella la que imita al varón fuerte  
 y en el martirio su valor traspasa  
 cuando sus ojos á la Cruz convierte  
 é intenso fuego el corazón le abrasa;  
 al morir sonriendo halla en la muerte  
 para Dios una vida ofrenda escasa,  
 que si tras de morir tornar pudiera  
 mil veces á vivir, tantas muriera.

.....

¡Oh, sí! Para explicarme cuanto admiro  
 en aquella á quien canta el arpa mía,  
 yo dejo que se eleve en ráudo giro  
 en álas de la fé mi fantasia;  
 yo quiero ver al Dios por quien suspiro  
 trayendo sobre el mundo un nuevo día;  
 y ver la planta de Miriam hollando  
 el engendro del mal vil y nefando.

Yo quiero ver el misterioso enlace  
 que liga el ser querido al ser que quiere;  
 quiero ver la mujer que débil nace  
 serena y firme si por Cristo muere;

quiere ver fé que mil prodigios hace,  
y amor que adora sin que premio espere,  
y caridad que sin cesar consuela  
y el placer deja y trás las penas vuela.

Religión santa, que entre fieros males  
haces que el alma sin cesar confie,  
tú nos muestras divinos ideales,  
por tí la mártir al morir sonríe;  
tú ciñes con laureles inmortales  
la frente del que vence y no se engríe:  
¿quién si no tú cubriera con su manto  
á la mujer cuyas grandezas canto?

Nació Teresa, y los que el ser le dieron  
ejemplos de virtudes le mostraron;  
de ellos sus puros labios aprendieron  
los dulces nombres que su fé guiaron;  
los gérmenes que en ella florecieron  
las paternas manos los sembraron  
cual siembra el labrador en virgen suelo  
los granos que en espigas trueca el cielo.

¡Dichoso, sí, mil veces quien ya mira  
al traspasar del mundo la ancha puerta  
resplandores de bien en los que gira  
el ángel del amor que le despierta;  
quien el aliento maternal respira  
y en ese aliento la ventura cierta,  
y entre rumor de besos oye el nombre  
del Dios que muere por salvar al hombre!

Dichosa fué Teresa; mas tal era  
su noble corazón que late dentro  
del seno virginal, que aunque no oyera  
aquella voz; cual de la tierra al centro  
vá la piedra al caer, y en su carrera  
van de la mar los ríos al encuentro  
y la alondra hácia el sol que es su alegría,  
asi Teresa hácia Jesús iría.

Muy niña aun, resuena en sus oídos  
por el relato de su madre amante  
el rabioso clamar, los alaridos  
que el mártir al morir oye triunfante;

y, como vuela el pájaro á su nido,  
ve de la muerte en el supremo instante  
volar el alma del que en Dios se inmola  
llevando en torno fúlgida aureola.

Y ella, el naciente y perfumado lirio,  
quiere buscar al huracán sañudo;  
quiere insultar del déspota el delirio  
su tierno pecho al ofrecer desnudo;  
quiere sufrir impávida el martirio  
que de su hermosa vida rompa el nudo  
y, libre el alma de mundano lazo,  
ir a unirse con Dios en dulce abrazo.

Ese al principio tímido deseo  
llega á ocupar al fin toda su alma,  
cual primer amoroso devaneo  
que el juicio turba y roba nuestra calma:  
cautelosa Teresa como el reo  
que prepara su fuga, tras la palma  
del mártir al correr, todo lo apresta  
y á lograr su esperanza está dispuesta.

Para el secreto que ocultó en su mente  
y que á las veces su rubor publica  
encuentra al punto un tierno confidente  
á quién el santo fuego comunica:  
es un niño también, puro, inocente,  
un alma hermana de espanzas rica:  
¡el primero que inflaman sus acentos  
y que asocia Teresa á sus intentos!

¡Vedlos, vedlos! Ya dejan sus hogares  
cuando no vela el paternal cuidado;  
no refrenan sus ánsias los cantares  
con que arrulla la madre al hijo amado;  
no detienen su planta los azares  
que esperarán al niño abandonado:  
míranse, y al mirarse se adivinan,  
unen sus manos y á la par caminan...

Allá despierta el sol y á sus reflejos  
estremécese el árbol, canta el ave,  
el cielo busca líquidos espejos...  
—¿Donde vãn esos niños ¡Quien lo sabe!

Tras de aquel monte, más, mucho más lejos,  
playas habrá... habrá un mar... habrá una nave,  
y después... ¡una tierra que no han visto  
donde el que en Cristo crée muere por Cristo!

¡Oh inocente é inefable desvarío,  
juego infantil que en lo sublime frisa!  
Al querer describirlo el lábio mio  
la voz se torna trémula, indecisa.  
Algo como una flor que abre el rocío,  
algo que es llanto y á la par sonrisa,  
pero sonrisa triste y dulce llanto  
eso embarga las notas de mi canto.

. . . . .

A luchar por su Dios quiere Teresa  
ir, y su mente al corazón arguye,  
y un solo medio de lograr su empresa  
cree descubrir y cautelosa huye:  
¿Donde luchar mejor que donde, aviesa  
y sanguinaria, la maldad destruye  
con ancha espada que afiló en la sombra  
cuanto ampara la Cruz y á Jesús nombra?

¡Aun Teresa era niña! Aun no sabia  
que ese luchar tenaz, rudo, iracundo,  
por doquiera que fuese lo hallaría;  
que allá de la conciencia en lo profundo  
el bien y el mal combátense á porfia;  
que es ancho campo de batalla el mundo:  
que es nuestra vida aquí sobre la tierra  
encarnizada y perdurable guerra!

Crece Teresa y crece en hermosura:  
gallarda su figura, erguido ostenta  
el bello rostro de simpar blancura  
que al contrastar con su cabello aumenta;  
negros sus ojos son, su llama pura,  
perlas el lábio recatar intenta,  
y lunares que al alma no llegaron  
entre rosas y nieve se quedaron (1).

---

(1) Tomamos estos detalles de la minuciosa pintura que hizo de la Santa el Maestro Rivera.



En esa edad de ensueños é ilusiones,  
cuando la vida esparce su riqueza  
en espléndido alarde de sus dones,  
hay del aire en la diáfana limpieza  
de placer notas, ecos de canciones  
que el alma entiende y á gozar empieza;  
del espacio en los brillos hay sonrisas  
y suave césped nuestra planta pisa.

El espíritu irrádía sus anhelos,  
el mundo entero truécase en celada  
y con flores y luz teje los velos  
que no rompe la cándida mirada;  
entre verde follaje sus señuelos  
coloca el mal; al ave enamorada  
la voz le roba y su veneno posa  
en cálices de nacar y de rosa.

Entonce es cuando un liviano arrullo  
puede ser para el bien fatal beleño;  
cuando puede nacer el vano orgullo  
que en deleznales glorias pone empeño;  
cuando descende al virginal capullo  
dulce obsesion en empenado sueño;  
cuando al limpio cristal acaso llega  
soplo que anubla y que más tarde ciega.

Y Teresa lo supo.—La falacia  
de la voz mundanal habló á su oído;  
hallóse hermosa y admiró su gracia  
y de frívolos triunfos buscó el ruido;  
sintió su alma para el bien reácia,  
golpeó en su pecho desigual latido,  
y, mariposa de pintadas galas,  
dió al capricho las riendas de sus álas.

Mas ¡cuán poco logró la nube parda  
ennegrecer el cielo de su frente!  
El noble corazón ¡cuán poco tarda  
en ansiar otro espacio y otro ambiente!  
Ved! Ya no ciñe la mujer gallarda  
vistoso traje que su encanto aumente;  
ya el sayal tosco su esbeltez esconde  
y un santo asilo á su clamor responde.

Pero la lucha sigue; ¡larga lucha  
que su firmeza expone á ruda prueba!

Aún los ecos del mundo su oído escucha  
cuando en callada noche á Dios eleva  
el lábio una oración; si es grande y mucha  
su ánsia de olvido, pertinaz se ceba  
un recuerdo halagüeño en su memoria  
al dar su adiós á la pasada gloria.

En esa lucha el cuerpo desfallece,  
y Teresa en su amargo desconsuelo  
por esas horas pasa en que parece  
que está el mundo maldito y sordo el cielo;  
horas de sombra en que la angustia crece  
y oprime el corazón losa de hielo,  
arrancando á sus fibras un gemido  
que vá, sin ecos, al azar, perdido...

Es entonces Teresa hoja caída  
que hace girar el ráudo torbellino:  
ni volver puede al tronco en que balló vida  
ni seguir la corriente en su camino;  
ave en lo espeso de la selva herida  
cuando el horror de las tinieblas vino,  
que ni al cielo subir puede volando  
ni descubrir consigue el nido blando.

Desmenuzada aquella frágil hoja  
quizá en el túrbido fondo desaparezca;  
el ave cuyo grito al aire enoja  
sin ver el nuevo sol quizá perezca;  
Teresa... ¡no!—Tras años de congoja  
es preciso que á Dios su triunfo ofrezca,  
y sácie en mar de amor sus ambiciones  
y de los cielos suba á las regiones.

Combate y vence, y vence de tal modo  
que ya nada á la tierra la sujeta;  
los miserables ídolos de lodo  
derribó con su planta el fuerte atleta;  
su Señor es Jesús, Jesús lo es todo:  
su único amor, su dicha más completa,  
su afán perenne, su anhelada calma,  
llama del corazón, luz de su alma.

Si en espléndido alarde la existencia  
dió ayer al cuerpo dones virginales,

hoj muestra en sin igual magnificencia  
el espíritu encantos celestiales;  
si ayer miró del mundo la apariencia  
y logró su favor, hoy á raudales  
lluvia de gracia sus anhelos templa  
y al mismo Dios ante su faz contempla.

¡Hallar á Dios!! ¡Sentir de lo infinito  
impalpables halagos de su aliento!...  
¡Abismar la mirada de hito en hito;  
percibir lo que embarga el pensamiento;  
enmudecer oyendo lo inaudito;  
medir la eternidad en un momento;  
gustar el casto beso del Esposo  
y en su seno inefable hallar reposo!

¡Ser el alma cual gota que la nube  
arrebata y diluye en sus vapores  
y blandamente á los espacios sube  
impregnándose en vívidos colores!  
¡Tener alas de luz como el querube;  
ver, abajo, del sol los resplandores  
y allá, en lo alto, lo que el lábio sella  
y Dios prepara al que siguió su huella!

Si eso Teresa alcanza del Eterno  
de su valor y de su triunfo en pago,  
¿cómo su corazón sensible y tierno,  
pudo buscar del mundo el torpe halago?  
—¿Qué es nuestro abril sino desnudo invierno,  
y áspero ruido lo que al aire vago  
le dice el ruiseñor, y noche oscura  
lo que desde el zenít el sol fulgura?

¿Ni que es el mar, que en el confin lejano  
al cielo se vá á unir, sino azul gota,  
y miseria los goces del humano,  
é impotencia el poder que un soplo embota,  
—junto al poder, la dicha, del Océano  
la rica lumbre, la vibrante nota  
y los raudales de perpétua vida  
que vé Teresa en éxtasis sumida?

¡Extasis celestial!!—¿Por qué no hiende  
su voz los aires con rumor bendito!..

—Yo he visto al sábio que una ley sorprende,  
encendido el semblante ya marchito,  
y suelto el manto que el pudor defiende,  
y revuelto el cabello, en ronco grito,  
corriendo loco, con convulso lábio,  
clamar doquiera: «¡eureka! Ved al sábio!»

Mas nó: Teresa su humildad no amengua  
y ante aquellos favores miedo cobra;  
teme tomar, de su Señor en mengua,  
por obra suya lo que acaso es obra  
de los génius del mal; y ata su lengua  
y atribula su pecho cruel zozobra:  
¡es tan grande el Señor y es tan mezquina  
el alma que á su encuentro se encamina!

De nuevo lucha la gloriosa Santa  
cuando nueva vision se le aparece,  
y aunque consejo pide en ánsia tanta  
crecen sus dudas y su alarma crece;  
hasta que el mismo Dios su fé levanta  
y, al par que en dulces éxtasis la mece,  
con acento que es vida, por ser suyo,  
le dice: ¡Ya eres mía y yo soy tuyo! (1)

Y entonces... ¡astros que alumbráis lo inmenso,  
vuestras llamas unid en una llama!  
¡un único clamor formad, intenso,  
himnos que entona cuanto vive y ama!  
¡fundid en solo un grano vuestro incienso,  
flores en que el espacio se embalsama!  
y haciendo un corazón de todo junto  
tal vez del de Teresa sea trasunto!

¡Cuál sobre eflúvios místicos navega  
con el amor por viento y Dios por norte!  
¡Cuál ignoto horizonte se despliega  
y otro y otros y cien en su transporte!  
¡Cuál al placer con que á Jesús se entrega  
mezcla angustia infinita el cruel resorte  
de esta vida mortal que, vida, mata,  
y, mortal, tanto dura y tanto ata!

. . . . .

---

(1) Véase el Capítulo 39 de la Vida de la Santa, escrito por ella misma.

La humildad de Teresa nada vela,  
siempre su pequeñez tiene delante;  
y si increada claridad riela  
sobre aquel limpio y diáfano diamante  
en que se alberga Dios y se revela,  
Teresa gime en tan supremo instante  
al ver que empañan el cristal preciado  
manchas oscuras, nubes del pasado.

Nunca se entibia su fervor ni acaba:  
ama, al amar á Dios, los que en Él viven  
y de la santa caridad esclava  
cuantos la imploran su favor reciben;  
rompe del mal la dolorosa traba,  
y á los que solo oscuridad perciben  
les dá la luz, y, cual la nave, deja  
de su estela el fulgor cuando se aleja.

Como Paula cruzó la Palestina,  
cruza de España el suelo tan querido  
y asilos funda en que de fé divina  
blancas palomas tejerán su nido;  
sin apoyo, al azar, sola camina,  
contrariado su afán, jamás vencido;  
de lo alto el fuego sus entrañas quema,  
*padecer ó morir*—tal es su lema.

¡Oh santidad sublime! ¡Hay quien resista  
tu resplandor sin adorarte mudo?—  
¡Ah, sí! la ruín envidia cuya vista  
quebrar quisiera tu brillante escudo:  
la vil calumnia que al herir contrista  
más que maltrata con su dardo rudo:  
¡miserables pasiones de la tierra  
que á Teresa declaran cruda guerra!

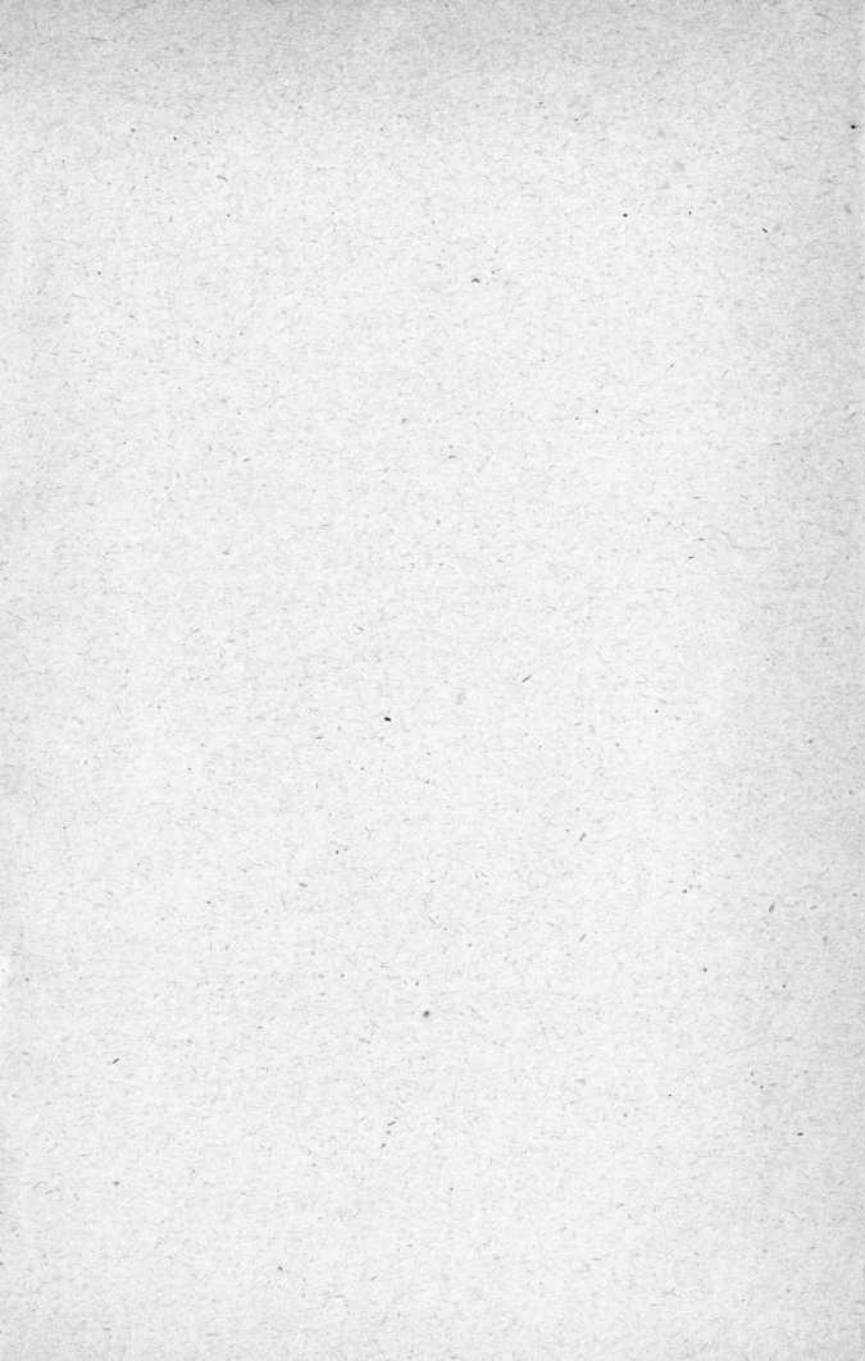
Y la calumnia y la maldad vencieron,  
que al ser hijas del mundo estas pasiones  
el paternal apoyo consiguieron  
y á Teresa prepáranle prisiones.  
Mas ¡cuán poco lograron!—No supieron  
al soldar sus infames eslabones,  
que ya era cárcel de Teresa el suelo:  
¡su libertad estaba ya en el cielo!

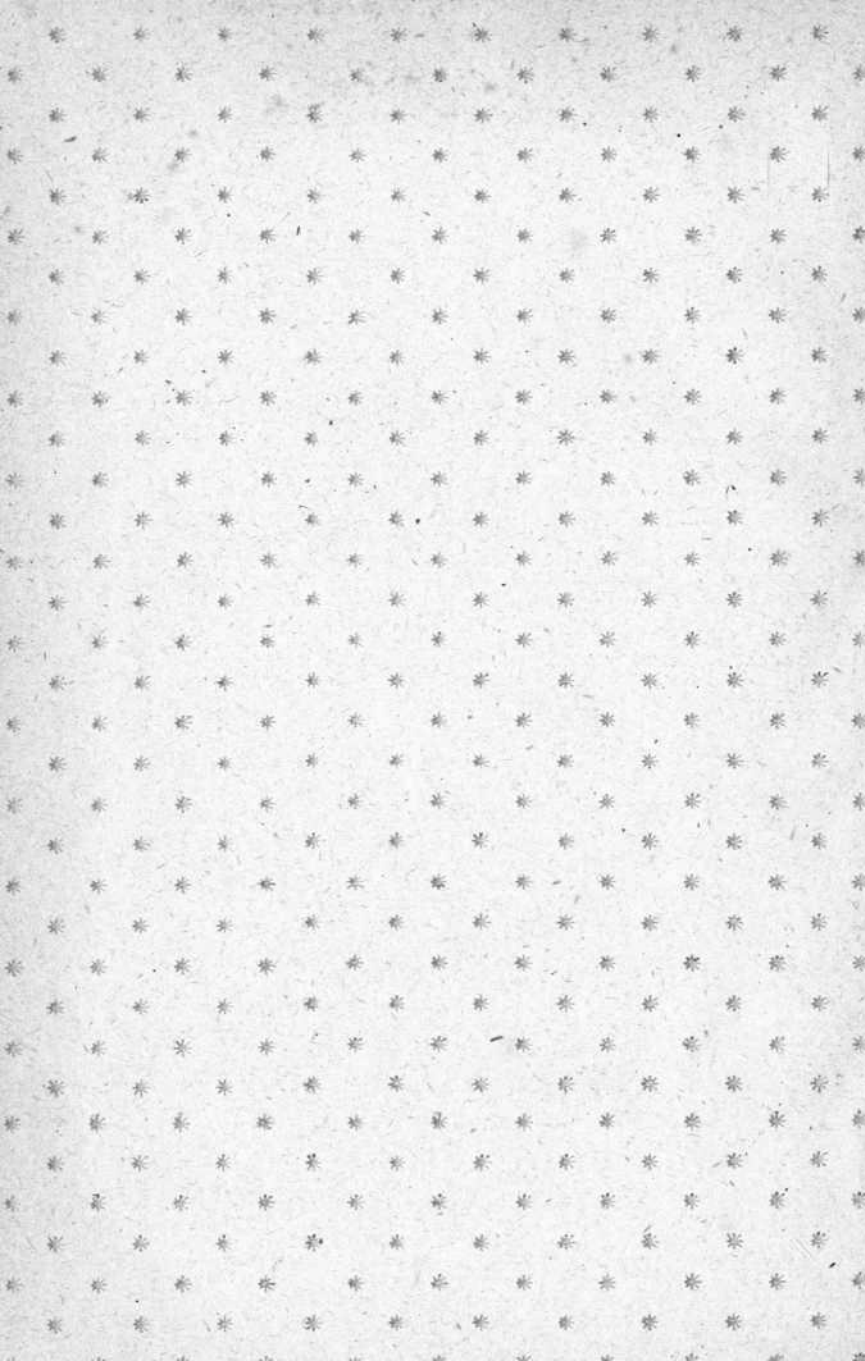
• • • • •

—Hora de libertad ¿por qué no vienes?  
si vencidas ya están iras bastardas?  
¿Por qué, dicha anhelada, te detienes?  
Momento de ventura ¿por qué tardas?  
¿Por qué, muerte, no tocas en mis sienes  
con el ála fatal? ¿Qué es lo que aguardas...?  
—Así clama Teresa y así ruega  
con la voz del amor en que se anega.

Al fin bajo los techos que alzó un día  
su cuerpo amparan cariñosos brazos,  
mientras su alma que volar ansía  
siente aflojarse los terrenos lazos...  
¡Dejad que, envuelta en luz dulce sonría  
y que, el yugo mortal hecho pedazos,  
las delicias de un éxtasis apure  
que ha de durar cuanto lo eternos dure!

FIN DEL CANTO TERCERO







# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

### SECCIÓN III

#### Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	2167	Precio de la obra.....	Ptas. ....
Estante.....	117	Precio de adquisición. »	.....
Tabla.....	3	Valoración actual.....	» .....

21

